

ESCENA II.

DOÑA ANA é INES, con mantos.—
Dichas.

DOÑA ANA.
Lucrecia amiga.

DOÑA LUCRECIA.
Doña Ana,
¿Qué es esto? ¿Sin avisar
Tanto bien!

DOÑA ANA.
Quien viene á dar
Norabuena, es cortesana
Costumbre que no prevenga.

DOÑA LUCRECIA.
¿Norabuena á mí! ¿De qué?

DOÑA ANA.
De que te casas.

DOÑA LUCRECIA.
No sé
Que tanta ventura tenga.

DOÑA ANA.
Es público en el lugar,
¿Y me lo ocultas á mí!

DOÑA LUCRECIA.
Las albricias, si de tí
Lo sé, vendrás á ganar.

DOÑA ANA.
¿Qué falsa, Lucrecia, estás!

JUANA.
Ines...
¿Y á quien doy la mano,
Segun dicen?

DOÑA ANA.
A un indiano.
(Ap. No quiero decirle más,
Por si miente la sospecha;
Que tal vez pone el amor
El aviso en el error,
Y en el aviso la flecha.)

DOÑA LUCRECIA.
Y ¿sabes cómo se llama,
Amiga, ese forastero?

DOÑA ANA.
Esto solo que refiero
Cuenta en la corte la fama.

DOÑA LUCRECIA. (Ap.)
Ya la entiendo: don Rodrigo
Es este, y averiguar
Sus celos, sin declarar
Su nombre, quiere conmigo;
Y pues me los causa á mí
Con don Juan, y la ocasion
A mi ofendida aficion
Ofrece el cabello aquí,
De uno y otro he de vengarme:
Della, porque no cumplió
La palabra que me dió,
Pues prosigue en agraviarme
Don Juan; y dél, porque ha sido
Tan ingrato; y por ventura
Si el juzgarme tan segura
Le guarda el sueño á su olvido,
Despertará su aficion,
Recelando mi mudanza;
Que hay nieve en la confianza,
Y hay fuego en la emulacion.

DOÑA ANA.
Lucrecia, ¿de qué has quedado
Suspensa?

DOÑA LUCRECIA.
Estoylo de ver
Que hayas llegado á saber,
Doña Ana, lo que ha tratado

Mi padre con gran secreto.
INES. (Ap.)
Bueno es esto.

DOÑA ANA.
¿Luego es cierta
La fama?

DOÑA LUCRECIA.
Sí.

DOÑA ANA. (Ap.)
Yo soy muerta.

DOÑA LUCRECIA.
(Ap. ¿Qué mal encubren su efeto
Los celos! Perdió el color.)
Y pues ya se dice, quiero
Que sepas que el forastero
Que solicita mi amor
Y que tiene de mi mano
Esperanza, es don Rodrigo
De Ribera, aquel amigo
De don Fernando, tu hermano,
Que á Madrid con él llegó
Y á tu casa el mismo dia
Que en ella la pena mia
Contigo aliviaba yo.

INES. (Ap.)
¿Hay tal maldad!

DOÑA ANA.
No me des
Más señas. (Ap. Rabiando estoy:
Fuego en vez de aliento doy,
Y en mis pensamientos es
Cada cuidado una furia,
Una muerte cada intento,
Un rayo cada tormento,
Y un infierno cada injuria.)

DOÑA LUCRECIA. (Ap.)
De mi intencion conseguida
Me informa, triste y turbada;
Que me publica vengada,
Pues se confiesa ofendida.

DOÑA ANA.
Y dime, ¿qué estado tiene
En tu pecho su deseo?

DOÑA LUCRECIA.
Piénsalo tú, cuando veo
La dicha que me previene,
Pues demas de ser quien es,
Es su tercero y su amigo
Mi padre, y en don Rodrigo
Tan bizarras partes ves.
(Ap. Sus celos y mi alabanza
Más fuerza á su amor darán,
Para que yo con don Juan
Asegure mi esperanza.)

DOÑA ANA.
Pues ¿tan presto has olvidado
A don Juan?

DOÑA LUCRECIA.
¿Qué puedo hacer,
Si no cesa de ofender
Con su olvido mi cuidado?
Si don Juan no prosiguiera
En servirme y agraviarme,
Fuera delito mudarme,
Y es cierto que no admitiera
Otro aventajado empleo;
Que el empeño conocido
De haberle favorecido
Prefiere á cualquier desseo.
Pero sé...

DOÑA ANA.
¿Viven los cielos,
Que te engañas si sospechas
Que son mis favores flechas
De su amor y de tus celos!
Que yo soy noble, y te di

Palabra de no ofenderte;
Pero si el satisfacerte
Y asegurarte de mí,
Y conseguir el desseo
De tu amor, consiste, amiga
Lucrecia, en que no prosiga
Don Juan en mi galanteo,
La palabra y fe te doy
De disponello de suerte
Que no le espante la muerte
Más que mis ojos; que soy
Tu amiga, y de tu pesar
Me lastimo; y siendo así,
No es bien que pierdas por mí
Lo que no quiero ganar.

DOÑA LUCRECIA.
(Ap. Mal encubre su intencion,
Pues tan presto por la puerta
Que vió su esperanza abierta
Entró á gozar la ocasion.)
Ni dudo de lo que harás,
Porque de tu hidalgo pecho
Me prometo mucho más.
Y si don Juan, obligado
De tí, á mi amor ofendido
Satisface arrepentido
Lo que le agravió mudado,
La vida, gusto y honor,
Amiga, te deberé;
Porque todo lo empeñé
Cuando empeñé mi favor.

DOÑA ANA.
¿Ojalá que la ventura
Tenga yo como el desseo!
Y adios.

DOÑA LUCRECIA.
Él te dé el empleo
Como te dió la hermosura.

JUANA.
Adios, Ines.

INES.
Él te guarde.
(Vase.)

Zaguan en casa de don Diego.

ESCENA III.
DOÑA ANA é INES.

DOÑA ANA.
¿Cómo basta el sufrimiento
A resistir el violento
Fuego que en mis venas arde?
¿Has visto, Ines, has oido
Mi desdicha?

INES.
Sí señora.

DOÑA ANA.
¿Y defenderás ahora
Que no es falso y fermentido
Don Rodrigo?

INES.
De admirada
Estoy muda.

DOÑA ANA.
Si despues
De mil indicios, Ines,
Se mudó de la posada
Tan vecina, que su amor
No solamente gozaba
La luz, mas le regalaba
De mis ojos el calor,
¿No dió á entender claramente
En esto la ofensa mia?
Quien huye la luz del dia,
¿No es cierto que es delincuente?

Si tras esto se ha ocultado,
Y ni me ve ni le veo,
¿No muestra que su desseo
Divierte nuevo cuidado?

INES.
Nunca de su amor creyera
Tan gran falsedad.

DOÑA ANA.
Yo sí;

DOÑA ANA.
Que soy desdichada. Di
Que lleguen el coche.

INES.
Espera,

DOÑA ANA.
Señora; que por la calle
Viene tu amante engañoso.

DOÑA ANA.
Claro está que era forzoso
Dónde me ofende encontralle.
Tápate, Ines.

INES.
Pues ¿qué quieres?
(Tápanse.)

DOÑA ANA.
Que no nos conozca.

INES.
Harás

DOÑA ANA.
En eso bien, pues estás
Desengañada.

ESCENA IV.

DON SEBASTIAN, MOTIN.—DOÑA
ANA é INES, tapadas.

MOTIN.
Mujeres
Hay aquí, y son por lo menos
De buena ropa; que dan
Tal olor, que es el zaguan
La tienda de los morenos.

DON SEBASTIAN.
¿Mandais algo en esta casa,
En que yo pueda servirlos?
Bien podeis, sin descubrirlos,
Hablar.

DOÑA ANA. (Ap.)
El pecho se abrasa
De verle hablar como dueño
De la casa.

DON SEBASTIAN.
Pues callais,
Ni con gusto me escuchais,
Ni con ventura me empeño.—
Ven, Motin.

DOÑA ANA. (Ap.)
¿Que mis agravios
Tengo de ver á mis ojos,
Y negar á mis enojos
El alivio de los labios?
No es posible.

MOTIN.
A tu visita
Sube tú; que yo entre tanto
Me prometo que algun manto
De los que ves me permita,
Más fácil que á tí, sus rayos;
Que me dicen, pues están
Tan despacio en un zaguan,
Que son presa de lacayos.

DON SEBASTIAN.
Calla, grosero.
(Quiere irse y detiènele doña Ana.)

DOÑA ANA.
Aguardad,
Engañoso, fermentido.

DON SEBASTIAN.
¿Qué es esto?

DOÑA ANA.
Haber convencido,
Traidor, vuestra falsedad.

DON SEBASTIAN.
¿Señora!

DOÑA ANA.
¿Viven los cielos,
Que habeis de ver en mi furia
Que injuria al sol quien injuria
A doña Ana Vasconcelos!
Salid.

DON SEBASTIAN.
Ya salgo: tomad
El coche.

DOÑA ANA.
No he de tomalle
Si primero de la calle
No salis.

DON SEBASTIAN.
Si haré, y fiad
De mi amor que si aplacara
Con eso vuestra querella,
Antes que las guijas della,
Sierpes de Libia pisara.
(Apártanse.)

MOTIN.
Harto sierpe es cada una.
Señor ¿qué es esto? ¿De qué
Está celosa?

DON SEBASTIAN.
No sé.
(Ap. Trazas son de la fortuna,
Que me persigue de suerte,
Que me va, prenda querida,
En obligarte la vida,
Y el honor en ofenderte.) (Vase.)

MOTIN. (Para sí.)
Temblando estaba de vella,
Y sospecho que la vió,
Y que esta copla escribió
El valenciano por ella:
«Pues los celos, Vasconcelos,
Son furia de Barrabas,
Y barrabada vas,
Sin duda que Vas con celos.» (Vase.)

ESCENA V.

DOÑA ANA, INES.

INES.
Mil veces vuelve los ojos
Á mirarte.

DOÑA ANA.
¿Oh, loco amor!
¿Que la lisonja menor
Aplaque tantos enojos?

INES.
¿Esto llegas á estimar
Cuando tus ofensas ves?

DOÑA ANA.
¿Deso te espantas, Ines?
¿No suele al niño enojar
Quien la joya le quitó,
Y en dándole una manzana,
Contento de lo que gana,
Olvida lo que perdió?
Pues así, como es mi amor
Niño tambien, aunque han sido
Los agravios que ha sentido
De tanto peso y valor,
Viendo que ha vuelto y mirado
Rodrigo, y que para echalle
Desta casa y desta calle
Solo mi gusto ha bastado,
Estimando lo que gana

En esta inútil vitoria,
Ha olvidado mi memoria
La joya por la manzana.
(Vase.)

ESCENA VI.

DON SEBASTIAN y MOTIN.

MOTIN.
Ya el coche del sol camina
Por la eclipica empedrada
De la calle celebrada
De Atocha, y ya por la esquina
De San Sebastian la noche
Amenaza en el ocaso;
Pero ya le sale al paso
Don Fernando, y pára el coche.

DON SEBASTIAN.
Acompañar á su hermana
Querrá.

MOTIN.
No; que ella ha salido
Al estribo, y al oido
Se están hablando.

DON SEBASTIAN. (Ap.)
¿Ay, doña Ana,
Mi prenda mas adorada!
¿Ay Fernando, mi mayor
Amigo! ¿Cuál; cuál rigor
Revolvió de estrella airada
De honor, amor y amistad
Un huracan tan incierto,
Que ni acierto con el puerto,
Ni muero en la tempestad?

MOTIN.
Ya se retira del coche
Don Fernando, y él camina;
Ya dió la vuelta á la esquina
Que es de tus ojos la noche.

DON SEBASTIAN.
¿Y qué tenebrosa, triste
Y confusa! Vamos.

MOTIN.
Luego
¿No vas á ver á don Diego?

DON SEBASTIAN.
¿Cómo puedo ya, si oiste
Que á doña Ana doy pesar?

MOTIN.
Tente; que te ha columbrado
Su hermano, y apresurado
El paso, te viene á hablar.

DON SEBASTIAN. (Ap.)
Pésame, porque en llegando
Á hablarle, mi sentimiento
En vano ocultar intento.

ESCENA VII.

DON FERNANDO.—Dichos.

DON FERNANDO.
Don Rodrigo...
DON SEBASTIAN.
Don Fernando,
¿Qué teneis? Que me parece
Que venis descolorido.

DON FERNANDO.
Si vendré, porque he tenido
Un enfado.

DON SEBASTIAN.
Si se ofrece
En que os sirva, mi amistad
Conoceis.

DON FERNANDO.
Venid conmigo;
Que os he menester.

DON SEBASTIAN.
Ya os sigo.
DON FERNANDO.
A ese criado mandad
Que se quede.

DON SEBASTIAN.
Aquí te queda,
Motin.

(Vanse los dos caballeros.)

ESCENA VIII.

MOTIN.

Si haré; que soy cuerdo,
Y de don Beltran me acuerdo
En habiendo polvareda:
Y perderme no querria
Que lleva el color turbado
El portugués, y un criado
Que se arriesga, ¿en qué se fia,
Si es fuerza que salga mal
De todo, pues en riñendo,
Para en la cárcel hiriendo,
Y herido en el hospital?
Y en efeto, el servir yo
Es por ganar la comida,
Para asegurar la vida,
Que para arriesgalla no.

Campo de Santa Isabel.

ESCENA IX.

DON SEBASTIAN Y DON FERNANDO

DON SEBASTIAN.
Don Fernando, ya del campo
De Santa Isabel las tapias,
Que del ábrego lluvioso
Le defienden las espaldas,
Nos ven ciegas y oyen sordas,
Y solas nos acompañan;
Y esperó ya que rompáis
Al silencio las aldabas.

DON FERNANDO.
Yo os he traído á mostráros
Cuerpo á cuerpo en la campaña
Que del modo que se dar
La vida con esta espada
A quien me obliga, tambien
Sé quitarla á quien me agravia.

DON SEBASTIAN.
¿Qué decis? ¿Que el desafío
Es conmigo?

DON FERNANDO.
Sí.

DON SEBASTIAN.
Mil gracias
Os doy; que habeis dado fin
Con eso á la mas extraña
Confusion, luz á la noche
Más tenebrosa y más larga
Que vió leño fluctuante
En tenebrosa borrasca.
Mas de vuestro sentimiento
Decid, Fernando, la causa;
Que, si no por vos, por mí
Es razon que os satisfaga
De que jamas á quien soy
He faltado.

DON FERNANDO.
No llegara
A lance que es el postrero
Sin tenerla averiguada.
Vos, testigo de mis penas,
Vos, tercero de mis ansias
Con doña Lucrecia, en vez

De adelantar mi esperanza,
De vuestra fe y mi amistad
Habeis violado las aras,
Pretendiendo ser su esposo.

DON SEBASTIAN.
Vive el cielo, que os engaña
Quien eso de mí os ha dicho!

DON FERNANDO.
Pluguiera á Dios me engañara,
Y informaran de mi agravio
Indicios, y no probanzas!
Pero porque no juzgueis
Mi resolucion liviana,
Ni que doy á mis enojos
Ocasiones afectadas,
Escuchad. Yo vi que al cielo
De la venturosa casa
De Lucrecia, á excusas mías
Se atrevieron vuestras plantas.
Yo vi en el acero puesta
La mano á don Juan de Lara
Contra vos, y que los celos
Daban fuego á su venganza,
Y el del amor de Lucrecia
Es el que su pecho abrasa.

Vi que me callastes, siendo
Tan vuestro amigo, la dama;
Y cuando no es en su ofensa,
Nadie á su amigo la calla.
Vi que estando tan unidos
Los techos como las almas
De los dos, un mismo día,
Sin decirme vos la causa
Y sin daros yo ocasion,
En todo hicisteis mudanza,
Mesurado de semblante,
Y alejado de posada,
Tanto, que de vos apenas
Me ha dado nuevas la fama;
Y es conjetura evidente
Que el que se retira agravia,
Que delinque el que se esconde,
Y teme el que se recata.

Pero doy que todas juntas
Mientan estas circunstancias;
No mienten los mismos labios
De Lucrecia, que á mi hermana
Hoy le ha dicho que á su empleo
Aspira vuestra esperanza,
Y que tiene ya su padre
Vuestras bodas concertadas.
Mirad pues si puede haber
Satisfacion que deshaga,
Cuando negueis los indicios,
Tan evidente probanza;
Y mirad si me he resuelto
Con razon á que esta espada,
De vuestra vida ingrata,
Y de vuestra vida ingrata,
Dos veces libre por mí,
Tome sangrienta venganza.

DON SEBASTIAN.
Ya es fuerza, para poder
Satisfaceros, que salga
A los labios un secreto,
Don Fernando, que encerraba
Con candados de diamante
Vuestra amistad en el alma:
Providencia de los cielos,
Que cuando yo con pisadas
Inciertas en un obscuro
Laberinto vacilaba,
Por tan ocultos caminos
Han gobernado las causas,
Que la claridad me enseñan
Y de confusion me sacan,
Haciendo que me obligueis
Vos mismo á lo que dejaba
De hacer por vos; que sin duda
Por este medio me pagan

Agradecidos de ver
Que por serlo yo era tanta
Mi amistad, que preferia
A mi propio honor sus aras.
Sabed que yo, aunque se ofende
Cuando lo pronuncia el alma,
Pues á la lengua debiera
Anticiparse la espada,
Soy don Sebastian de Sosa,
Hijo de aquel cuyas canas
Fueron tan cobardemente
De vuestra mano afrentadas.

DON FERNANDO.
¿Válgame Dios! ¿Qué decis?

DON SEBASTIAN.
Aguardad que os satisfaga;
Que luego hablaremos de eso.
Yo vine llamado á España
De mi padre, sin saber
Su intencion, porque su carta
Solo que el nombre me mude
Y venga oculto me manda,
Y que en llegando á Madrid,
Haga solo confianza
De don Diego de Mendoza,
Sabidor de su desgracia
Y del lugar que le oculta.
Esta fué de mi jornada
La ocasion. Llegué á Sevilla,
Donde el nombre me disfrazo
De don Rodrigo, y allí,
Sin saber que de mi infamia
Era autora vuestra mano,
Os di lugar en el alma;
A que añadió nuevos lazos
La fineza duplicada
Con que á mi vida evitastes
Dos arpones de la parca.
A Madrid llegamos juntos,
Y juntos á vuestra casa,
Donde apenas vi los ojos
Hermosos de vuestra hermana,
Cuando me senti abrasado
De sus amorosas llamas;
Que esto os digo porque es fuerza,
Para que asi os satisfaga
De que el acero empuño
Contra mí don Juan de Lara,
No por celos de Lucrecia,
Por celos si de doña Ana,
De quien es amante ciego;
Y asi como era la causa
Del disgusto hermana vuestra,
Lo fué tambien de callarla.
De visitar á don Diego
A excusas vuestras, es clara
Satisfacion del negocio
Que os he dicho la importancia.
En esto llegó á la corte
Mi padre, y de su desgracia
De vuestro exceso y mi afrenta
Me informó. ¿Quién, quién pensara
Que en el amigo mayor
Cayera desdicha tanta?
¿Nunca pluguiera á los cielos
Me ofreciera vuestra espalda
Bajel, y remos los brazos,
Cuando piadosas las aguas
Del Bétis, porque no viese
Tanto mal, me sobornaban
Para quitarme la vida
Con monumento de plata!
Nunca pluguiera á los cielos,
Tan oportuna y bizarra
Esguiera vuestra mano
En mi defensa la espada
Cuando de cuatro enemigos
Me acometieron las armas,
Pues fuera el fin de mi vida
Termino de mi desgracia!
Ya desto habréis entendido

¡Válgame Dios! ¿Qué decis?

DON SEBASTIAN.
Aguardad que os satisfaga;
Que luego hablaremos de eso.
Yo vine llamado á España
De mi padre, sin saber
Su intencion, porque su carta
Solo que el nombre me mude
Y venga oculto me manda,
Y que en llegando á Madrid,
Haga solo confianza
De don Diego de Mendoza,
Sabidor de su desgracia
Y del lugar que le oculta.
Esta fué de mi jornada
La ocasion. Llegué á Sevilla,
Donde el nombre me disfrazo
De don Rodrigo, y allí,
Sin saber que de mi infamia
Era autora vuestra mano,
Os di lugar en el alma;
A que añadió nuevos lazos
La fineza duplicada
Con que á mi vida evitastes
Dos arpones de la parca.
A Madrid llegamos juntos,
Y juntos á vuestra casa,
Donde apenas vi los ojos
Hermosos de vuestra hermana,
Cuando me senti abrasado
De sus amorosas llamas;
Que esto os digo porque es fuerza,
Para que asi os satisfaga
De que el acero empuño
Contra mí don Juan de Lara,
No por celos de Lucrecia,
Por celos si de doña Ana,
De quien es amante ciego;
Y asi como era la causa
Del disgusto hermana vuestra,
Lo fué tambien de callarla.
De visitar á don Diego
A excusas vuestras, es clara
Satisfacion del negocio
Que os he dicho la importancia.
En esto llegó á la corte
Mi padre, y de su desgracia
De vuestro exceso y mi afrenta
Me informó. ¿Quién, quién pensara
Que en el amigo mayor
Cayera desdicha tanta?
¿Nunca pluguiera á los cielos
Me ofreciera vuestra espalda
Bajel, y remos los brazos,
Cuando piadosas las aguas
Del Bétis, porque no viese
Tanto mal, me sobornaban
Para quitarme la vida
Con monumento de plata!
Nunca pluguiera á los cielos,
Tan oportuna y bizarra
Esguiera vuestra mano
En mi defensa la espada
Cuando de cuatro enemigos
Me acometieron las armas,
Pues fuera el fin de mi vida
Termino de mi desgracia!
Ya desto habréis entendido

¡Válgame Dios! ¿Qué decis?

DON SEBASTIAN.
Aguardad que os satisfaga;
Que luego hablaremos de eso.
Yo vine llamado á España
De mi padre, sin saber
Su intencion, porque su carta
Solo que el nombre me mude
Y venga oculto me manda,
Y que en llegando á Madrid,
Haga solo confianza
De don Diego de Mendoza,
Sabidor de su desgracia
Y del lugar que le oculta.
Esta fué de mi jornada
La ocasion. Llegué á Sevilla,
Donde el nombre me disfrazo
De don Rodrigo, y allí,
Sin saber que de mi infamia
Era autora vuestra mano,
Os di lugar en el alma;
A que añadió nuevos lazos
La fineza duplicada
Con que á mi vida evitastes
Dos arpones de la parca.
A Madrid llegamos juntos,
Y juntos á vuestra casa,
Donde apenas vi los ojos
Hermosos de vuestra hermana,
Cuando me senti abrasado
De sus amorosas llamas;
Que esto os digo porque es fuerza,
Para que asi os satisfaga
De que el acero empuño
Contra mí don Juan de Lara,
No por celos de Lucrecia,
Por celos si de doña Ana,
De quien es amante ciego;
Y asi como era la causa
Del disgusto hermana vuestra,
Lo fué tambien de callarla.
De visitar á don Diego
A excusas vuestras, es clara
Satisfacion del negocio
Que os he dicho la importancia.
En esto llegó á la corte
Mi padre, y de su desgracia
De vuestro exceso y mi afrenta
Me informó. ¿Quién, quién pensara
Que en el amigo mayor
Cayera desdicha tanta?
¿Nunca pluguiera á los cielos
Me ofreciera vuestra espalda
Bajel, y remos los brazos,
Cuando piadosas las aguas
Del Bétis, porque no viese
Tanto mal, me sobornaban
Para quitarme la vida
Con monumento de plata!
Nunca pluguiera á los cielos,
Tan oportuna y bizarra
Esguiera vuestra mano
En mi defensa la espada
Cuando de cuatro enemigos
Me acometieron las armas,
Pues fuera el fin de mi vida
Termino de mi desgracia!
Ya desto habréis entendido

¡Válgame Dios! ¿Qué decis?

DON SEBASTIAN.
Aguardad que os satisfaga;
Que luego hablaremos de eso.
Yo vine llamado á España
De mi padre, sin saber
Su intencion, porque su carta
Solo que el nombre me mude
Y venga oculto me manda,
Y que en llegando á Madrid,
Haga solo confianza
De don Diego de Mendoza,
Sabidor de su desgracia
Y del lugar que le oculta.
Esta fué de mi jornada
La ocasion. Llegué á Sevilla,
Donde el nombre me disfrazo
De don Rodrigo, y allí,
Sin saber que de mi infamia
Era autora vuestra mano,
Os di lugar en el alma;
A que añadió nuevos lazos
La fineza duplicada
Con que á mi vida evitastes
Dos arpones de la parca.
A Madrid llegamos juntos,
Y juntos á vuestra casa,
Donde apenas vi los ojos
Hermosos de vuestra hermana,
Cuando me senti abrasado
De sus amorosas llamas;
Que esto os digo porque es fuerza,
Para que asi os satisfaga
De que el acero empuño
Contra mí don Juan de Lara,
No por celos de Lucrecia,
Por celos si de doña Ana,
De quien es amante ciego;
Y asi como era la causa
Del disgusto hermana vuestra,
Lo fué tambien de callarla.
De visitar á don Diego
A excusas vuestras, es clara
Satisfacion del negocio
Que os he dicho la importancia.
En esto llegó á la corte
Mi padre, y de su desgracia
De vuestro exceso y mi afrenta
Me informó. ¿Quién, quién pensara
Que en el amigo mayor
Cayera desdicha tanta?
¿Nunca pluguiera á los cielos
Me ofreciera vuestra espalda
Bajel, y remos los brazos,
Cuando piadosas las aguas
Del Bétis, porque no viese
Tanto mal, me sobornaban
Para quitarme la vida
Con monumento de plata!
Nunca pluguiera á los cielos,
Tan oportuna y bizarra
Esguiera vuestra mano
En mi defensa la espada
Cuando de cuatro enemigos
Me acometieron las armas,
Pues fuera el fin de mi vida
Termino de mi desgracia!
Ya desto habréis entendido

¡Válgame Dios! ¿Qué decis?

DON SEBASTIAN.
Aguardad que os satisfaga;
Que luego hablaremos de eso.
Yo vine llamado á España
De mi padre, sin saber
Su intencion, porque su carta
Solo que el nombre me mude
Y venga oculto me manda,
Y que en llegando á Madrid,
Haga solo confianza
De don Diego de Mendoza,
Sabidor de su desgracia
Y del lugar que le oculta.
Esta fué de mi jornada
La ocasion. Llegué á Sevilla,
Donde el nombre me disfrazo
De don Rodrigo, y allí,
Sin saber que de mi infamia
Era autora vuestra mano,
Os di lugar en el alma;
A que añadió nuevos lazos
La fineza duplicada
Con que á mi vida evitastes
Dos arpones de la parca.
A Madrid llegamos juntos,
Y juntos á vuestra casa,
Donde apenas vi los ojos
Hermosos de vuestra hermana,
Cuando me senti abrasado
De sus amorosas llamas;
Que esto os digo porque es fuerza,
Para que asi os satisfaga
De que el acero empuño
Contra mí don Juan de Lara,
No por celos de Lucrecia,
Por celos si de doña Ana,
De quien es amante ciego;
Y asi como era la causa
Del disgusto hermana vuestra,
Lo fué tambien de callarla.
De visitar á don Diego
A excusas vuestras, es clara
Satisfacion del negocio
Que os he dicho la importancia.
En esto llegó á la corte
Mi padre, y de su desgracia
De vuestro exceso y mi afrenta
Me informó. ¿Quién, quién pensara
Que en el amigo mayor
Cayera desdicha tanta?
¿Nunca pluguiera á los cielos
Me ofreciera vuestra espalda
Bajel, y remos los brazos,
Cuando piadosas las aguas
Del Bétis, porque no viese
Tanto mal, me sobornaban
Para quitarme la vida
Con monumento de plata!
Nunca pluguiera á los cielos,
Tan oportuna y bizarra
Esguiera vuestra mano
En mi defensa la espada
Cuando de cuatro enemigos
Me acometieron las armas,
Pues fuera el fin de mi vida
Termino de mi desgracia!
Ya desto habréis entendido

¡Válgame Dios! ¿Qué decis?

DON SEBASTIAN.
Aguardad que os satisfaga;
Que luego hablaremos de eso.
Yo vine llamado á España
De mi padre, sin saber
Su intencion, porque su carta
Solo que el nombre me mude
Y venga oculto me manda,
Y que en llegando á Madrid,
Haga solo confianza
De don Diego de Mendoza,
Sabidor de su desgracia
Y del lugar que le oculta.
Esta fué de mi jornada
La ocasion. Llegué á Sevilla,
Donde el nombre me disfrazo
De don Rodrigo, y allí,
Sin saber que de mi infamia
Era autora vuestra mano,
Os di lugar en el alma;
A que añadió nuevos lazos
La fineza duplicada
Con que á mi vida evitastes
Dos arpones de la parca.
A Madrid llegamos juntos,
Y juntos á vuestra casa,
Donde apenas vi los ojos
Hermosos de vuestra hermana,
Cuando me senti abrasado
De sus amorosas llamas;
Que esto os digo porque es fuerza,
Para que asi os satisfaga
De que el acero empuño
Contra mí don Juan de Lara,
No por celos de Lucrecia,
Por celos si de doña Ana,
De quien es amante ciego;
Y asi como era la causa
Del disgusto hermana vuestra,
Lo fué tambien de callarla.
De visitar á don Diego
A excusas vuestras, es clara
Satisfacion del negocio
Que os he dicho la importancia.
En esto llegó á la corte
Mi padre, y de su desgracia
De vuestro exceso y mi afrenta
Me informó. ¿Quién, quién pensara
Que en el amigo mayor
Cayera desdicha tanta?
¿Nunca pluguiera á los cielos
Me ofreciera vuestra espalda
Bajel, y remos los brazos,
Cuando piadosas las aguas
Del Bétis, porque no viese
Tanto mal, me sobornaban
Para quitarme la vida
Con monumento de plata!
Nunca pluguiera á los cielos,
Tan oportuna y bizarra
Esguiera vuestra mano
En mi defensa la espada
Cuando de cuatro enemigos
Me acometieron las armas,
Pues fuera el fin de mi vida
Termino de mi desgracia!
Ya desto habréis entendido

¡Válgame Dios! ¿Qué decis?

DON SEBASTIAN.
Aguardad que os satisfaga;
Que luego hablaremos de eso.
Yo vine llamado á España
De mi padre, sin saber
Su intencion, porque su carta
Solo que el nombre me mude
Y venga oculto me manda,
Y que en llegando á Madrid,
Haga solo confianza
De don Diego de Mendoza,
Sabidor de su desgracia
Y del lugar que le oculta.
Esta fué de mi jornada
La ocasion. Llegué á Sevilla,
Donde el nombre me disfrazo
De don Rodrigo, y allí,
Sin saber que de mi infamia
Era autora vuestra mano,
Os di lugar en el alma;
A que añadió nuevos lazos
La fineza duplicada
Con que á mi vida evitastes
Dos arpones de la parca.
A Madrid llegamos juntos,
Y juntos á vuestra casa,
Donde apenas vi los ojos
Hermosos de vuestra hermana,
Cuando me senti abrasado
De sus amorosas llamas;
Que esto os digo porque es fuerza,
Para que asi os satisfaga
De que el acero empuño
Contra mí don Juan de Lara,
No por celos de Lucrecia,
Por celos si de doña Ana,
De quien es amante ciego;
Y asi como era la causa
Del disgusto hermana vuestra,
Lo fué tambien de callarla.
De visitar á don Diego
A excusas vuestras, es clara
Satisfacion del negocio
Que os he dicho la importancia.
En esto llegó á la corte
Mi padre, y de su desgracia
De vuestro exceso y mi afrenta
Me informó. ¿Quién, quién pensara
Que en el amigo mayor
Cayera desdicha tanta?
¿Nunca pluguiera á los cielos
Me ofreciera vuestra espalda
Bajel, y remos los brazos,
Cuando piadosas las aguas
Del Bétis, porque no viese
Tanto mal, me sobornaban
Para quitarme la vida
Con monumento de plata!
Nunca pluguiera á los cielos,
Tan oportuna y bizarra
Esguiera vuestra mano
En mi defensa la espada
Cuando de cuatro enemigos
Me acometieron las armas,
Pues fuera el fin de mi vida
Termino de mi desgracia!
Ya desto habréis entendido

¡Válgame Dios! ¿Qué decis?

DON SEBASTIAN.
Aguardad que os satisfaga;
Que luego hablaremos de eso.
Yo vine llamado á España
De mi padre, sin saber
Su intencion, porque su carta
Solo que el nombre me mude
Y venga oculto me manda,
Y que en llegando á Madrid,
Haga solo confianza
De don Diego de Mendoza,
Sabidor de su desgracia
Y del lugar que le oculta.
Esta fué de mi jornada
La ocasion. Llegué á Sevilla,
Donde el nombre me disfrazo
De don Rodrigo, y allí,
Sin saber que de mi infamia
Era autora vuestra mano,
Os di lugar en el alma;
A que añadió nuevos lazos
La fineza duplicada
Con que á mi vida evitastes
Dos arpones de la parca.
A Madrid llegamos juntos,
Y juntos á vuestra casa,
Donde apenas vi los ojos
Hermosos de vuestra hermana,
Cuando me senti abrasado
De sus amorosas llamas;
Que esto os digo porque es fuerza,
Para que asi os satisfaga
De que el acero empuño
Contra mí don Juan de Lara,
No por celos de Lucrecia,
Por celos si de doña Ana,
De quien es amante ciego;
Y asi como era la causa
Del disgusto hermana vuestra,
Lo fué tambien de callarla.
De visitar á don Diego
A excusas vuestras, es clara
Satisfacion del negocio
Que os he dicho la importancia.
En esto llegó á la corte
Mi padre, y de su desgracia
De vuestro exceso y mi afrenta
Me informó. ¿Quién, quién pensara
Que en el amigo mayor
Cayera desdicha tanta?
¿Nunca pluguiera á los cielos
Me ofreciera vuestra espalda
Bajel, y remos los brazos,
Cuando piadosas las aguas
Del Bétis, porque no viese
Tanto mal, me sobornaban
Para quitarme la vida
Con monumento de plata!
Nunca pluguiera á los cielos,
Tan oportuna y bizarra
Esguiera vuestra mano
En mi defensa la espada
Cuando de cuatro enemigos
Me acometieron las armas,
Pues fuera el fin de mi vida
Termino de mi desgracia!
Ya desto habréis entendido

¡Válgame Dios! ¿Qué decis?

DON SEBASTIAN.
Aguardad que os satisfaga;
Que luego hablaremos de eso.
Yo vine llamado á España
De mi padre, sin saber
Su intencion, porque su carta
Solo que el nombre me mude
Y venga oculto me manda,
Y que en llegando á Madrid,
Haga solo confianza
De don Diego de Mendoza,
Sabidor de su desgracia
Y del lugar que le oculta.
Esta fué de mi jornada
La ocasion. Llegué á Sevilla,
Donde el nombre me disfrazo
De don Rodrigo, y allí,
Sin saber que de mi infamia
Era autora vuestra mano,
Os di lugar en el alma;
A que añadió nuevos lazos
La fineza duplicada
Con que á mi vida evitastes
Dos arpones de la parca.
A Madrid llegamos juntos,
Y juntos á vuestra casa,
Donde apenas vi los ojos
Hermosos de vuestra hermana,
Cuando me senti abrasado
De sus amorosas llamas;
Que esto os digo porque es fuerza,
Para que asi os satisfaga
De que el acero empuño
Contra mí don Juan de Lara,
No por celos de Lucrecia,
Por celos si de doña Ana,
De quien es amante ciego;
Y asi como era la causa
Del disgusto hermana vuestra,
Lo fué tambien de callarla.
De visitar á don Diego
A excusas vuestras, es clara
Satisfacion del negocio
Que os he dicho la importancia.
En esto llegó á la corte
Mi padre, y de su desgracia
De vuestro exceso y mi afrenta
Me informó. ¿Quién, quién pensara
Que en el amigo mayor
Cayera desdicha tanta?
¿Nunca pluguiera á los cielos
Me ofreciera vuestra espalda
Bajel, y remos los brazos,
Cuando piadosas las aguas
Del Bétis, porque no viese
Tanto mal, me sobornaban
Para quitarme la vida
Con monumento de plata!
Nunca pluguiera á los cielos,
Tan oportuna y bizarra
Esguiera vuestra mano
En mi defensa la espada
Cuando de cuatro enemigos
Me acometieron las armas,
Pues fuera el fin de mi vida
Termino de mi desgracia!
Ya desto habréis entendido

¡Válgame Dios! ¿Qué decis?

DON SEBASTIAN.
Aguardad que os satisfaga;
Que luego hablaremos de eso.
Yo vine llamado á España
De mi padre, sin saber
Su intencion, porque su carta
Solo que el nombre me mude
Y venga oculto me manda,
Y que en llegando á Madrid,
Haga solo confianza
De don Diego de Mendoza,
Sabidor de su desgracia
Y del lugar que le oculta.
Esta fué de mi jornada
La ocasion. Llegué á Sevilla,
Donde el nombre me disfrazo
De don Rodrigo, y allí,
Sin saber que de mi infamia
Era autora vuestra mano,
Os di lugar en el alma;
A que añadió nuevos lazos
La fineza duplicada
Con que á mi vida evitastes
Dos arpones de la parca.
A Madrid llegamos juntos,
Y juntos á vuestra casa,
Donde apenas vi los ojos
Hermosos de vuestra hermana,
Cuando me senti abrasado
De sus amorosas llamas;
Que esto os digo porque es fuerza,
Para que asi os satisfaga
De que el acero empuño
Contra mí don Juan de Lara,
No por celos de Lucrecia,
Por celos si de doña Ana,
De quien es amante ciego;
Y asi como era la causa
Del disgusto hermana vuestra,
Lo fué tambien de callarla.
De visitar á don Diego
A excusas vuestras, es clara
Satisfacion del negocio
Que os he dicho la importancia.
En esto llegó á la corte
Mi padre, y de su desgracia
De vuestro exceso y mi afrenta
Me informó. ¿Quién, quién pensara
Que en el amigo mayor
Cayera desdicha tanta?
¿Nunca pluguiera á los cielos
Me ofreciera vuestra espalda
Bajel, y remos los brazos,
Cuando piadosas las aguas
Del Bétis, porque no viese
Tanto mal, me sobornaban
Para quitarme la vida
Con monumento de plata!
Nunca pluguiera á los cielos,
Tan oportuna y bizarra
Esguiera vuestra mano
En mi defensa la espada
Cuando de cuatro enemigos
Me acometieron las armas,
Pues fuera el fin de mi vida
Termino de mi desgracia!
Ya desto habréis entendido

¡Válgame Dios! ¿Qué decis?

DON SEBASTIAN.
Aguardad que os satisfaga;
Que luego hablaremos de eso.
Yo vine llamado á España
De mi padre, sin saber
Su intencion, porque su carta
Solo que el nombre me mude
Y venga oculto me manda,
Y que en llegando á Madrid,
Haga solo confianza
De don Diego de Mendoza,
Sabidor de su desgracia
Y del lugar que le oculta.
Esta fué de mi jornada
La ocasion. Llegué á Sevilla,
Donde el nombre me disfrazo
De don Rodrigo, y allí,
Sin saber que de mi infamia
Era autora vuestra mano,
Os di lugar en el alma;
A que añadió nuevos lazos
La fineza duplicada
Con que á mi vida evitastes
Dos arpones de la parca.
A Madrid llegamos juntos,
Y juntos á vuestra casa,
Donde apenas vi los ojos
Hermosos de vuestra hermana,
Cuando me senti abrasado
De sus amorosas llamas;
Que esto os digo porque es fuerza,
Para que asi os satisfaga
De que el acero empuño
Contra mí don Juan de Lara,
No por celos de Lucrecia,
Por celos si de doña Ana,
De quien es amante ciego;
Y asi como era la causa
Del disgusto hermana vuestra,
Lo fué tambien de callarla.
De visitar á don Diego
A excusas vuestras, es clara
Satisfacion del negocio
Que os he dicho la importancia.
En esto llegó á la corte
Mi padre, y de su desgracia
De vuestro exceso y mi afrenta
Me informó. ¿Quién, quién pensara
Que en el amigo mayor
Cayera desdicha tanta?
¿Nunca pluguiera á los cielos
Me ofreciera vuestra espalda
Bajel, y remos los brazos,
Cuando piadosas las aguas
Del Bétis, porque no viese
Tanto mal, me sobornaban
Para quitarme la vida
Con monumento de plata!
Nunca pluguiera á los cielos,
Tan oportuna y bizarra
Esguiera vuestra mano
En mi defensa la espada
Cuando de cuatro enemigos
Me acometieron las armas,
Pues fuera el fin de mi vida
Termino de mi desgracia!
Ya desto habréis entendido

¡Válgame Dios! ¿Qué decis?

DON SEBASTIAN.
Aguardad que os satisfaga;
Que luego hablaremos de eso.
Yo vine llamado á España
De mi padre, sin saber
Su intencion, porque su carta
Solo que el nombre me mude
Y venga oculto me manda,
Y que en llegando á Madrid,
Haga solo confianza
De don Diego de Mendoza,
Sabidor de su desgracia
Y del lugar que le oculta.
Esta fué de mi jornada
La ocasion. Llegué á Sevilla,
Donde el nombre me disfrazo
De don Rodrigo, y allí,
Sin saber que de mi infamia
Era autora vuestra mano,
Os di lugar en el alma;
A que añadió nuevos lazos
La fineza duplicada
Con que á mi vida evitastes
Dos arpones de la parca.
A Madrid llegamos juntos,
Y juntos á vuestra casa,
Donde apenas vi los ojos
Hermosos de vuestra hermana,
Cuando me senti abrasado
De sus amorosas llamas;
Que esto os digo porque es fuerza,
Para que asi os satisfaga
De que el acero empuño
Contra mí don Juan de Lara,
No por celos de Lucrecia,
Por celos si de doña Ana,
De quien es amante ciego;
Y asi como era la causa
Del disgusto hermana vuestra,
Lo fué tambien de callarla.
De visitar á don Diego
A excusas vuestras, es clara
Satisfacion del negocio
Que os he dicho la importancia.
En esto llegó á la corte
Mi padre, y de su desgracia
De vuestro exceso y mi afrenta
Me informó. ¿Quién, quién pensara
Que en el amigo mayor
Cayera desdicha tanta?
¿Nunca pluguiera á los cielos
Me ofreciera vuestra espalda
Bajel, y remos los brazos,
Cuando piadosas las aguas
Del Bétis, porque no viese
Tanto mal, me sobornaban
Para quitarme la vida
Con monumento de plata!
Nunca pluguiera á los cielos,
Tan oportuna y bizarra
Esguiera vuestra mano
En mi defensa la espada
Cuando de cuatro enemigos
Me acometieron las armas,
Pues fuera el fin de mi vida
Termino de mi desgracia!
Ya desto habréis entendido

DON FERNANDO.

Parece que os olvidais
De la sangre lusitana
Que mi corazon anima
Cuando con tal confianza
Os prometéis la vitoria.

DON SEBASTIAN

En la sangre no hay ventaja,
Pues es tambien portuguesa
La que gobierna esta espada.

(Acuchillanse y retira don Sebastian á don Fernando.)

DON FERNANDO. (Dentro.)

Muerto soy.

DON SEBASTIAN. (Volviendo.)

Vos me sacastes,
Don Fernando, á la campaña:
La culpa busca la pena,
Y el agravio la venganza.

(Vase.)

Sala en casa de don Fernando.

ESCENA X.

MOTIN, DOÑA ANA É INES

MOTIN.

A la puerta de don Diego
Hallé á don Juan, y doña Ana
En el coche; díles parte
Tambien á don Juan de Lara,
A don Antonio y don Diego.

DOÑA ANA.

¡Ay Dios, el cielo me valga!
Traidor, ¿dónde está mi hermano?

MOTIN.

Escucha y sabrás la causa (1).

ESCENA XI.

DON SEBASTIAN, DON ANTONIO,
DOÑA LUCRECIA, DON DIEGO,
DOÑA ANA, INES, MOTIN.

DOÑA ANA.

¡Ah enemigo! muerta soy.
DON SEBASTIAN.
Sosiega el pecho, señora,
Y escucha atenta, que agora,
Como el veneno, te doy
La triaca. Yo, doña Ana,
Soy don Sebastian de Sosa;
Don Antonio es padre mio.

DOÑA ANA.

¡Esto más!
MOTIN. (Ap.)
¡Buena tramoya
Se descubre!

INES.

¡Hay tal enredo?
DON JUAN.
¡Caso extraño!
DON SEBASTIAN.
Y pues no ignoras
De aquel atrevido exceso
De don Fernando la historia,
La causa habrás entendido
Del disfraz que mi persona
Con nombre ajeno ocultó:
Y tú sabes que me informa
Sangre que de la opinion
Ni aun escrúpulos perdona.

(1) Faltan versos, y quizá no pocos.

La ocasion de la mudanza
Que vistes en mi semblante
Despues, porque son ventanas
Los ojos del corazon,
Y por ellos se asomaban,
A pesar del sufrimiento,
Los sentimientos del alma.
Y esto me obligó tambien
A que de vos me alejara;
Que ver un noble afrentado
El rostro de quien le agravia,
Ménos que para acabar
Con la vida ó la venganza,
Es modo de consentir
Y aun de acrecentar su infamia.
Y como en mi corazon
Estaba tan arraigada
De vuestra amistad la forma,
Y del amor de doña Ana,
Cuando mi agravio llego
A introducir la contraria
De rigor y enemistad,
Halló resistencia tanta,
Que fué menester que el tiempo
Dispudiese mi mudanza;
Y así, en tanto que durase
Entre las dos la batalla,
Ni daros la muerte pude,
Ni quise veros la cara.
Con esto ya

Y perdona que celebros
Con lágrimas estas glorias;
Que también las da el contento,
Como la pena y congoja:
Y más cuando tal consorte,
Que viva edades dichosas,
Colmó el punto á mis deseos,
Tan divina cuanto hermosa.
No puedo hablar más palabra:
Perdonad; que tantas honras
Temo que ataje la muerte,
De mis dichas envidiosa.

DOÑ SEBASTIAN.
Ya, doña Ana, sois mi esposa (1).
DOÑA ANA.

Y dichosa.

DOÑ SEBASTIAN.
Pues decidme,
Si sentiréis más, señora,
Ver sin vida á vuestro hermano,
Que á vuestro esposo sin honra.

DOÑA ANA.
¿Qué vida en comparación
Del honor vuestro me importa?
Pero ¿por qué lo decidis?

DOÑ SEBASTIAN.
Porque esta mano que goza

(1) Algun otro verso debía anteceder á este, pues no puede atribuirse á un poeta como ALARCON el descuido de asonantar dos versos seguidos en un romance. La consonancia entre *envidiosa* y *esposa* ya sabemos que no era entonces defecto tan grave como en nuestros días.

En la vuestra tal ventura,
Borró con esta vitoria
La injuria de despreciarme
Don Fernando; mas con otra
Quitó á mi padre el honor,
De que era su vida sola
Satisfacion, y ni vos
Quisiérades ser mi esposa,
Ni yo, que tanto os estimo,
Aspirara á tanta gloria
Sin honor, pues fuera haceros
Agravió en vez de lisonja:
Y así le he dado la muerte.

DOÑA ANA.
¿Qué decidis?; Ah cielos!

MOTIN. (Ap.)
Oyan

La píldora que faltaba.

DOÑ SEBASTIAN.

Señora (2),
La culpa busca la pena;
Que cuando yo entre las ondas
De su amistad y mi agravio,
Vuestro amor y mi deshonra,
Ciega tempestad corria
De dudas y de congojas;
El, celoso por la causa
Que sabeis, pues vuestra boca
Del engaño le informó

(2) Parece ocioso advertir que, aunque el sentido no, el verso queda incompleto.

Que habeis conocido agora,
Me sacó al campo, y su culpa
Negoció su pena propia.

DOÑA ANA.
¡Ay de mí, que en vez de galas,
Visto de luto mis bodas!

DOÑ SEBASTIAN.
Vos, señor don Juan, pues veis
Que ocasiones tan forzosas
Me obligaron, disculpadme;
Y al claro sol de Mendoza,
De su honor desvaneced,
Siendo su esposo, las sombras.

DOÑ JUAN.
Los casos han enseñado
Que reservaban la gloria
De su mano á mi ventura,
Si don Diego de Mendoza
Me da licencia.

DOÑ DIEGO.
Lucrecia
Es en eso venturosa.

DOÑA LUCRECIA.

Yo soy tuya.
MOTIN.
Y demos fin
A esta verdadera historia;
Que si con solo decirlo
Al poeta le perdonan
Las faltas, con esto espera
La censura más piadosa.

QUIEN MAL ANDA EN MAL ACABA.

PERSONAS.

DOÑ JUAN.
ROMAN RAMIREZ
DOÑ FÉLIX.
DOÑ PEDRO.

TRISTAN.
EL DEMONIO.
OTRO DEMONIO.
DOÑA ALDONZA.

LEONOR, criada.
DOS FAMILIARES.
CRIADOS.
MÚSICOS.—GENTE.

La escena es en Deza.

ACTO PRIMERO.

Campo, camino y vista exterior de una venta.

ESCENA PRIMERA.

ROMAN, vestido humildemente.

Ni beldad ni gentileza
Igual en mi vida vi:
Sin duda á sí misma aquí
Excedió naturaleza.
Los miembros forma perfectos
Soberana proporcion,
Y como la causa, son
Milagro en mí sus efectos,
Pues que su vista primera
Tanto en mi pecho ha podido;
Mas no fuera dios Cupido
Si igual poder no tuviera.
Rindióme, hirióme, matóme
De una vez; ¿quién puede haber
Que tan divino poder
Con humanas fuerzas dome?
Mas ¿quién hay que sin ventura
Se atreva á tanta beldad?
¿Cómo tendrá mi humildad
Alas para tanta altura?

ESCENA II.

TRISTAN, de camino.—ROMAN.

TRISTAN. (Dirigiéndose á un mozo que está dentro.)
Sacad las mulas, mancebo.

GENTE. (Dentro.)
¿Cuerpo de Dios con la priesa!
Aun no me he puesto á la mesa.

TRISTAN.
Caminando como y bebo
Yo, como grulla, en un pié.
Ensilad.

ROMAN. (A Tristan.)
Mientras es hora
De partir, esa señora,
Me decid, ¿quién es?

TRISTAN.
No sé.

ROMAN.
Si el oficio entre su gente
De mayordomo ejerceis,
¿Por qué causa respondeis
Un no sé tan secamente?

TRISTAN.
No os espante que del eco
Guarde las leyes así;
Que si seco respondí,
También preguntastes seco.
¿No dijéades siquiera:
«Hidalgo, saber quería,

Si cabe en la cortesía,
¿Quién es esta pasajera?»
Y no, sin haber jamás
Visto á un hombre: «Esa señora,
Me decid, mientras es hora
De partir, ¿quién es?» Demas
Que estoy con vos en pecado,
Porque os he visto comer,
Y ni vino os vi beber
Ni tocino habeis probado;
Y de hablar con vos me corro;
Que quien no come tocino
Ni vino bebe, es indino
De hablar ni escupir en corro.

ROMAN.
El padecer corrimientos,
De flema y calor causados,
Hace para mí vedados
Esos dos mantenimientos;
Y si con menos razones
Que debiera os pregunté,
Soy hombre llano, y no sé
Cortesanas invenciones.
Yo hablé con sinceridad,
Y con la misma os ofrezco
Mi amistad.

TRISTAN.
Yo lo agradezco;
Mas porque hasta en la amistad
Fuese también desdichado,
Tengo el amigo primero
Que he encontrado, por agüero,
Que es lo mismo ser aguado.

ROMAN.
Desde hoy no lo pienso ser
Si con eso os obligais.

TRISTAN.
Pues á lo que preguntais
Es justo ya responder.
Don Francisco de Meneses,
Cuanto desdichado, noble,
Padre desta hermosa dama,
Que Aldonza tiene por nombre,
Con ella y su casa toda
De Deza partió á la corte,
Al pleito de un mayorazgo,
Que hoy es ya de Aldonza el dote.
Venciólo al fin; mas no quiso
Su fortuna que lo goce,
Pues salió con la sentencia
La de su muerte conforme.
Aldonza, huérfana y sola
Con esto, determinóse
A volver entre sus deudos
A Deza, su patria, donde
La espera ya, para ser
Su esposo, don Juan de Torres,
Mi señor, noble, galán,
Rico y venturoso jóven.
Y así, don Pedro, su primo,
Que es el que veis, á la corte
Se partió, para volverla
Acompañando en su nombre;

Que por no serle decente
Antes que su mano goce,
No se atrevió á ser él mismo
Precursor de sus dos soles.
Mas que me habeis preguntado,
He dicho en breves razones;
Y adios; que ya en la litera
La bella Aldonza se pone. (Vase.)

ESCENA III.

ROMAN.

¡Ah cielos! ¿Quién vió salir
De purpúreos pabellones
Pródiga el alba de rayos,
Lloviendo perlas y flores;
Quién tras la fiera borrasca
Que formó tremenda noche
Vió el hermoso Autor del día
Bordar claros horizontes;
Quién por capital sentencia
Esperó suplicio enorme,
Y en dichosa libertad
Trocó las duras prisiones;
Que no juzgue, bella Aldonza,
Si á tu beldad las oponente,
Alba, libertad y día,
Sombra, esclavitud y noche?

ESCENA IV.

DOÑA ALDONZA, de camino, y DON PEDRO, escudero, y TRISTAN, atraviesan el teatro.—ROMAN.

TRISTAN.
Llegad, mancebos.
(Vase doña Aldonza, don Pedro y Tristan.)

ESCENA V.

ROMAN.

¡Oh amor!
¿Dichoso don Juan de Torres,
Que ha de gozar la belleza
Mayor que el mundo conoce!
¡Ay de mí! Ya para entrar
En la litera recoge
Las faldas. Amor, ¿qué he visto?
¿Qué nuevo inhumano golpe,
Con breves puntos de un pié,
Siglos eternos dispone,
Tanto á los ojos de glorias,
Cuanto al corazón de ardores?
¡Perdido estoy! ¡Estoy loco!
¡Muerto estoy! Ya el sol se esconde,
Que deslumbra cuando alumbraba,
Y ciega cuando se pone.
Ya camina. ¿Qué he de hacer?
Por valles, prados y montes
Seré alfombra de sus plantas
Sombra de sus resplandores.